

***Un nuevo gran escritor: sobre Los javaneses, de Jean
Malaquais***
León Trotsky
7 de agosto de 1939

(Tomado de “Un nuevo gran escritor: sobre *Los javaneses*, de Jean Malaquais”, en León Trotsky,
Literatura y revolución, Tomo II, Ruedo Ibérico, Colombes, 1969, páginas 149-156)

Es bueno que exista en el mundo el arte, así como es bueno que exista la política. Es bueno que la potencia del arte sea tan inagotable como la vida porque puede aumentarla o disminuirla, recurrir a los colores brillantes o, por el contrario, conformarse con el lápiz gris, presentando al mismo objeto en todos sus aspectos, arrojando sobre él distintas luces. Sólo hubo un Napoleón; pero sus representaciones artísticas son legión.

La fortaleza Pedro y Pablo y otras prisiones zaristas me pusieron en contacto tan íntimo con los clásicos franceses que, durante más de tres décadas, seguí siendo un lector bastante regular de las más notables novelas francesas modernas. Incluso en los años de guerra civil tenía yo alguna novela francesa en el tren militar. Después, durante el destierro de Constantinopla, llegué a formar una modesta biblioteca de novelas francesas recientes. Fue devorada por las llamas junto con mis otros libros en marzo de 1931.

Sin embargo, en los últimos años el interés que sentía por dichas novelas se ha desvanecido casi por completo. Los acontecimientos que ocurrían en el mundo y que incidentalmente caían sobre mi propia cabeza, eran demasiado abrumadores. Lo referente al arte empezó a parecerme insípido y casi trivial. Leí con interés algunos de los primeros volúmenes de la epopeya de Jules Romains. Pero los últimos, especialmente aquellos que retratan la guerra, me dieron la impresión de un vacío informe. Al parecer, ningún arte puede abarcar íntegramente la guerra. En la mayoría de los casos la pintura de las batallas es del todo superficial. Pero no es esto cuanto cabe decir al respecto. Del mismo modo que una alimentación excesivamente condimentada estraga el paladar, la acumulación de hecatombes históricas arruina el gusto por la literatura. Y, hace unos días, tuve nuevamente ocasión de repetir: es bueno que exista el arte en el mundo.

Jean Malaquais, escritor francés desconocido para mí, me envió un libro, enigmáticamente titulado *Les Javanais*. La novela está dedicada a André Gide. Esto me puso un poco en guardia. Gide se ha alejado demasiado de nosotros junto con la época que reflejaba en sus disquisiciones circunspectas y ociosas. Aún sus últimos libros, no obstante su interés, se leen como aportes humanos de un pasado irrevocable. Pero las primeras páginas me convencieron claramente de que Malaquais no estaba en deuda con Gide. Es, en verdad, totalmente independiente. Y ahí está su fuerza, en especial ahora en que cualquier especie de dependencia se ha convertido en regla. El nombre de Malaquais no me evocaba nada, a no ser cierta calle de París. *Les Javanais* es su primera novela; sus otros libros son anunciados todavía como libros “en preparación”. Sin embargo, esta primera obra inspira inmediatamente la idea de que el nombre de Malaquais perdurará.

El autor es joven y apasionadamente enamorado de la vida. Pero sabe ya cómo mantener la indispensable distancia artística entre la vida y él; una distancia que basta para impedirle sucumbir a su propia subjetividad. Amar la vida con el afecto superficial del diletante (y hay diletantes de la vida lo mismo que del arte) no es mucho mérito. Amar la vida con los ojos abiertos y un sentido crítico cabal, sin ilusiones, sin adornos, tal como

es, con lo que ofrece, y más aún, con lo que puede llegar a ser, es una proeza. Fijar este amor a la vida con expresión artística, sobre todo cuando se refiere al estrato social más bajo, significa una gran obra de arte.

Una historia de parias

Por el sur de Francia, doscientos hombres extraen estaño y plata de una mina virtualmente exhausta, propiedad de un inglés que no desea invertir más dinero en nuevo equipo. La región está llena de extranjeros perseguidos, sin documentos ni autorizaciones y al margen de la policía. No son exigentes en cuanto a las condiciones de vida y de seguridad en el trabajo. Están dispuestos a trabajar por cualquier salario. La mina y su población de parias forman un mundo aparte, una especie de isla, que fue llamada “Java”, probablemente porque los franceses acostumbran a dar el nombre de “javanesa” a cualquier cosa incomprensible o exótica.

Casi todas las nacionalidades de Europa, y no sólo de Europa, están representadas en esta Java. Rusos blancos, polacos de temperamento extraño, italianos, españoles, griegos, checos, eslovacos, alemanes, austriacos, árabes, un armenio, un chino, un negro, un judío ucraniano, un finlandés... En toda esta banda heterogénea hay un solo francés, un infeliz patético, que sostiene en alto el pabellón de la tercera república. En las barracas recostadas contra los muros de una fábrica consumida hace mucho por el fuego, viven treinta célibes, que maldicen en distintas lenguas. Las mujeres de los otros, llegadas también de todas las partes del mundo, no hacen sino aumentar la confusión de esta Babel.

Los javaneses desfilan a nuestros ojos, reflejando cada uno su pérdida tierra natal, convenciendo cada uno de su personalidad (sin aparente ayuda del autor), firme cada uno sobre sus propios pies. El austriaco Kart Müller, añora a Viena mientras se harta de conjugaciones inglesas; el hijo del contralmirante Ulrich von Taupfen, Hans, exoficial asimismo de la marina alemana y partícipe de la insurrección de Kiel; el armenio Albudizían, que por primera vez en su vida come y bebe hasta hartarse y emborracharse en Java; el agrónomo ruso Bielsky, con su mujer media loca y su hija estúpida; el viejo minero Ponzoni que perdió a sus hijos en una mina de su Italia nativa y que habla con igual gusto a un muro o a una piedra del camino que a un compañero de trabajo; el “doctor Magnus” que abandonó la Universidad de Ucrania justamente antes de graduarse para no vivir como los demás; el negro norteamericano Hilary Hodges, que cada domingo lustra sus zapatos de charol (memento del pasado) que nunca se pone; el extendero ruso Blutov, que se dice antiguo general para pescar clientes de su futuro restaurante, aunque en realidad muere antes de que empiece la acción de la novela, deja una viuda que adivina el porvenir. Restos de familias deshechas, aventureros, soldados accidentales de revoluciones y contrarrevoluciones, residuos de catástrofes nacionales, refugiados de toda especie, soñadores y ladrones, héroes y cobardes, gente sin raíces, hijos pródigos de nuestro tiempo: tal es la población de Java, “isla flotante amarrada a la cola del diablo”. Como dice von Taupfen, “no hay una pulgada de tierra en toda la superficie del globo en que se pueda poner el pie; fuera de eso, tú eres libre; más allá del límite, más allá de todos los límites”. Pero esto no les impide vivir a gusto. Duermen en jergones de paja, a menudo sin desnudarse; fuman mucho; beben mucho; comen solamente pan y queso para poder beber más; raras veces se lavan, apestan a sudor, tabaco y alcohol.

La novela no tiene figura central ni trazas de plan. En cierto sentido, el propio autor es el héroe; pero no aparece en escena. La historia abarca un periodo de varios meses y, como la vida misma, se compone de episodios. No obstante el exotismo del ambiente, la novela está lejos del folklore, la etnografía o la sociología. Es una novela genuina, un trozo de vida convertido en arte. Podría pensarse que el autor escogió deliberadamente

una “isla” solitaria para pintar con más claridad los caracteres y las pasiones humanas. Pero su significación es igual allí que en cualquier estrato de la sociedad. Esta gente ama, odia, llora, recuerda, aprieta sus dientes. Ahí está el nacimiento y solemne bautizo de una criatura del matrimonio polaco Warski; ahí está la muerte, la desesperación de las mujeres, los entierros; y, por último, el amor de una prostituta por el doctor Magnus que hasta entonces no había conocido mujer. Episodio tan patético que sugiere el melodrama, si no superase el autor el escollo honrosamente dentro del orden que se ha impuesto.

A través del libro transcurre la historia de dos árabes, los primos Alahassid ben Califa y Daud Jalima. Violando la ley de Mahoma beben vino una vez a la semana, los domingos; pero lo hacen con sobriedad, sólo tres litros, para no dejar de ahorrar los 5.000 francos que necesitan para volver a la región de Constantina donde están sus familias. No son verdaderos javaneses, sino incidentalmente. Sucede que Alahassid muere en un hundimiento de la mina. La historia del intento de Daud para sacar su dinero ahorrado del banco es inolvidable. El árabe espera durante horas, suplica, no se da por vencido y vuelve a esperar pacientemente. Por último, se le quita la libreta de ahorros, porque está a nombre de Alahassid, el único de los dos que sabía firmar. Esta tragedia minúscula está soberbiamente contada.

Madame Michel, la dueña de la taberna, se hace rica con esta gente. Sin embargo, no les tiene cariño y los desprecia, no sólo porque es incapaz de comprender su cháchara bulliciosa, sino también porque son demasiado pródigos en las propinas. Llegan y se van con demasiada facilidad y nadie sabe dónde: gente ligera que no merece confianza. Junto a la taberna, ocupa desde luego un lugar importante en la vida de Java el burdel más próximo. Malaquais lo describe detalladamente sin compasión; pero al mismo tiempo de modo muy humano.

Un minero convertido en gran artista

Los javaneses miran el mundo desde abajo, ya que ellos habían sido arrojados de espaldas al abismo de la sociedad; por lo demás, deben seguir en la mina para extraer mejor el mineral. Lo que constituye una perspectiva singular. Malaquais conoce muy bien sus leyes y sabe aplicarlas. El trabajo en la mina está descrito sobriamente, y sin detalles tediosos, con notable vigor. Ningún artista simple observador podía hacerlo de este modo, aunque hubiese bajado diez veces a la mina en busca de esos detalles técnicos que escritores como Jules Romains, por ejemplo, gustan lucir. Sólo un antiguo minero convertido en gran artista podía hacerlo.

Aunque con implicaciones sociales, esta novela no tiene carácter tendencioso en manera alguna. No trata de probar nada ni de hacer propaganda, como tantas producciones de nuestra época, sometidas a órdenes aun en la esfera del arte. La novela es “sólo” una obra de arte. Sin embargo, sentimos a cada paso las convulsiones de nuestra época, la más grandiosa y más monstruosa, la más significativa y la más despótica que se conoce en la historia humana. Una combinación del lirismo rebelde de la personalidad con la épica feroz de nuestro tiempo crea tal vez el mayor encanto de este trabajo.

El régimen legal descrito dura años. El gerente inglés, tuerto y manco, siempre borracho, arregla las dificultades con la policía obsequiando a sus representantes con vino y cigarros. Los javaneses sin documentos siguen trabajando en las peligrosas galerías de la mina, emborrachándose en la taberna de Madame Michel y ocultándose tras los árboles cada vez que tropiezan con los gendarmes, nada más que para ponerse a salvo. Pero todo tiene su fin.

El mecánico Karl, hijo de un panadero de Viena, deja su trabajo voluntariamente, derrocha su tiempo paseando por la playa bajo el sol, escuchando las olas del mar y hablando con los árboles del camino. Obreros franceses trabajan en una fábrica vecina.

Tienen sus casitas con agua y electricidad, pollos, conejos y hortalizas. Karl, como la mayor parte de los javaneses, mira este mundo ordenado sin envidia, más bien con cierto desprecio. “Han perdido el sentido del espacio, pero han ganado el de la propiedad”. Karl corta una rama y azota el aire con ella. Siente ganas de cantar. Le falta voz, de modo que silba. Entretanto, en un pozo de la mina los hombres mueren: el ruso Malinov, que presumía de haber combatido los bolcheviques en Nizhni Nóvgorod y el árabe Alahassid ben Califa. El caballero Yacovlev, sobresaliente exalumno del Conservatorio de Moscú, roba a la vieja bruja, Sofía Fedorovna, viuda de quien se pretendía general, y que había acumulado varios miles de francos. Karl lo descubre por casualidad, a través de la ventana abierta, y Yacovlev le golpea en la cabeza con un garrote. Así la catástrofe o una serie de catástrofes sobrevienen en la vida de Java. La desesperación de la vieja no conoce límites y llega a producir náuseas. Vuelve la espalda al mundo; responde con denuetos a las preguntas de la policía; permanece en el suelo sin comer ni dormir un día, dos, tres, agitándose sobre sus excrementos, rodeada por un enjambre de moscas.

El ladrón hace circular una noticia en los periódicos: ¿Dónde están los cónsules? ¿Por qué no hacen nada? El gendarme Carboni recibe una circular instruyéndole acerca de la necesidad de vigilar estrictamente a los extranjeros. El licor y los cigarrillos de John Kerrigan dejan de surtir efecto. “Estamos en Francia, señor gerente, y debemos cumplir la ley francesa” El gerente se ve obligado a telegrafiar a Londres. Recibe orden de cerrar la mina. Java deja de existir. Los javaneses se dispersan para meterse en otras covachas.

El amor de Malaquais al hombre

Los remilgos literarios son ajenos a Malaquais; no evita las expresiones fuertes ni las escenas enfadosas. La literatura contemporánea, especialmente la francesa, es más libre al respecto por regla general que la naturaleza del tiempo de Zola, condenada por los puristas. Sería pedantería ridícula decir que ello sea bueno o malo. La vida es más descarnada y despiadada desde la guerra mundial, que destruyó no sólo muchas catedrales sino también muchas convenciones; la literatura no tiene más remedio que adaptarse a la vida. Pero qué diferencia entre Malaquais y cierto escritor que se hizo famoso hace algunos años con un libro de crudeza excepcional. Me refiero a Céline. Nadie había escrito antes que él con tanta obstinación fisiológica sobre las necesidades y funciones del pobre cuerpo humano. Pero la mano de Céline era guiada por un emponzoñado agravio que le hacía calumniar al hombre. Se diría que el artista, médico de profesión, deseaba convencernos de que el ser humano, obligado a funciones tan bajas, no se distinguía de un asno o de un perro, excepto por una mayor astucia quizás y un mayor espíritu de venganza. Esta odiosa actitud ante la vida cortó las alas del arte del autor: no fue más allá de su primer libro. Casi al mismo tiempo que Céline, otro escéptico se hizo famoso: Malraux, que también buscaba justificar su pesimismo; pero no abajo, en la fisiología, sino arriba, en las manifestaciones del heroísmo humano. Malraux escribió uno o dos libros importantes. Pero carece de médula. Siempre anda buscando una fuerza externa en qué descansar, alguna autoridad establecida. La falta de independencia creadora ha echado a perder sus últimos libros con el veneno de lo falso, malográndolos.

Malaquais no teme lo bajo y lo vulgar de nuestra naturaleza, porque a pesar de todo, el hombre posee genio creador, pasión, heroísmo, lo que está lejos de ser estéril. Como todos los verdaderos optimistas, Malaquais ama al hombre por sus facultades potenciales. Gorki dijo una vez: “El hombre ¡esto suena a soberbia!”. Quizás Malaquais no repetiría una exclamación tan didáctica. Sin embargo, es precisamente la actitud que observa hacia el hombre en su novela. El talento de Malaquais tiene dos aliados seguros: el optimismo y la independencia.

Acabo de recordar a Máximo Gorki, otro cantor de los vagabundos. El paralelo surge de por sí. Tengo presente en forma vívida cómo el mundo lector se sintió asombrado en 1895 por la primera gran historia corta de Gorki, *Chelkarsh*. El joven vagabundo saltaba de pronto desde los bajos fondos de la sociedad a la arena de la literatura hecho un maestro. En sus últimos escritos, Gorki no ha superado esencialmente aquel primer cuento. Malaquais no asombra menos que Gorki con el acierto de su primera salida. Imposible decir de él que es un escritor que promete. Es ya un artista consumado. En las antiguas escuelas los principiantes debían pasar por terribles pruebas (golpes, intimidaciones, vituperios) antes de recibir el temple exigido en el plazo más breve. Pero Malaquais, como Gorki, fue armado por la vida misma. La vida los lanzó, los hizo rodar por la tierra y después de una preparación semejante los reveló maestros consumados en el campo de las letras.

Con todo, ¡qué diferencia enorme entre sus épocas, sus héroes artísticos! Los vagabundos de Gorki no son los deshechos de la vieja cultura urbana, sino los campesinos de ayer todavía no asimilados por la nueva urbe industrial. Los vagabundos de la era creciente del capitalismo están marcados por un signo patriarcal y casi ingenuo. Rusia, políticamente joven en aquel tiempo, estaba encinta de su primera revolución. La literatura se alimentaba de ansiosas esperanzas y exagerados entusiasmos. Los vagabundos de Gorki están embellecidos por el romanticismo prerrevolucionario. No ha pasado en vano medio siglo desde entonces. Rusia y Europa han vivido una serie de conmociones políticas y la más terrible de las guerras. Los grandes acontecimientos traen consigo grandes experiencias, principalmente las amargas experiencias que siguen a las derrotas y a los desengaños. Los vagabundos de Malaquais son el producto de una civilización madura. Miran al mundo con ojos menos asombrados, más prácticos. No son nacionales, son cosmopolitas. Los vagabundos de Gorki iban del Mar Báltico al Mar Negro o hasta Sajalín. Los javaneses no conocen límites nacionales; se sienten igualmente extraños o *at home* en las minas de Argelia, en los bosques de Canadá que en los cafetales del Brasil. El lirismo de Gorki era melódico, a veces sentimental y con frecuencia declamatorio. El lirismo de Malaquais, no menos intenso en lo esencial, es más sobrio en la forma y más disciplinado por la ironía.

La literatura francesa, conservadora y exclusiva como ha sido siempre, tarda en asimilarse las nuevas formas que ella misma ha creado para el mundo y se resiste a la influencia extranjera. Sólo desde la guerra penetra en la vida francesa una corriente cosmopolita. Los franceses han comenzado a viajar con más frecuencia, a estudiar geografía e idiomas extranjeros. Maurois aportó a la literatura reciente el inglés estilizado; Paul Morand, los clubs nocturnos del mundo. Pero este cosmopolitismo lleva el sello indeleble del turista. Con Malaquais sucede todo lo contrario. Malaquais no es un turista. Viaja de un país a otro de un modo que desaprueban las compañías de ferrocarriles y las autoridades policíacas. Ha rodado por todas las latitudes geográficas, trabajando donde podía. Fue perseguido, sufrió hambre y asimiló las impresiones del mundo junto con las emanaciones de las minas y de las tabernas, donde los parias internacionales gastan generosamente sus mezquinos salarios.

Malaquais es un escritor francés auténtico; es un maestro dentro de la técnica francesa de la novela (la más alta del mundo) para no mencionar la perfección de su lenguaje. Y, sin embargo, no es un francés. Ya me lo imaginaba mientras leía la novela. No porque el tono de su narrativa descubriera a un extranjero, a un observador desde fuera. De ningún modo. Cuando en las páginas de su libro aparecen franceses, son franceses genuinos. Pero en la querencia del autor no sólo hacia Francia, sino hacia la vida en general, se siente al “javanés”, a alguien que ha salido de “Java”. Ello no sucede así con los franceses. A pesar de todos los acontecimientos que han conmovido al mundo

en el último cuarto de siglo, los franceses continúan siendo hartamente sedentarios, demasiado apegados a sus costumbres, a sus tradiciones para poder ver el mundo con ojos de paria. En respuesta a una carta que le escribí al respecto, el autor me contestó que era de ascendencia polaca. Debí haberlo adivinado sin preguntar. La novela empieza con el esbozo de un joven polaco, casi adolescente, de pelo pajizo, ojos azules, ávido de sensaciones, con el estómago vacío y la mala costumbre de sonarse las narices con los dedos: Manieck Brila. Abandona Varsovia escondido entre los ejes de un vagón restaurante, soñando llegar hasta Tombuctú. Si no se trata del propio Malaquais, es su hermano de sangre y de espíritu. Manieck vagabundó más de diez años. Aprendió muchas cosas, maduró, pero sin perder nunca la frescura de su espíritu. Al contrario, acumuló una sed insaciable de vivir que se pone en evidencia en este primer libro. Esperamos otro. Sin duda, el pasaporte de Malaquais aún no está en regla. Pero la literatura ya le ha concedido todos los derechos de ciudadanía.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es